

En las parroquias que tienen pueblos distantes, en tiempo de cuaresma el párroco dedica á éstos algunos días para exhortarlos y prepararlos á que cumplan con el precepto anual de la confesión; y para eso tiene necesidad de estar viviendo entre ellos, á fin de atenderlos más de cerca en sus asuntos espirituales.

Una de estas cuaresmas me tocó ir á San Gaspar. Llegué un miércoles, y al toque de campana se reunió el pueblo, que se componía de 800 habitantes, en el templo. Les indiqué el objeto de mi visita y la necesidad que tenían de cumplir con el precepto de la Santa Madre Iglesia, confesándose. Terminado mi discurso, con gran sorpresa ví que un anciano, de los que en los pueblos llaman fiscales, empuñando la vara, símbolo de la autoridad, se colocó á mi derecha, y echando una mirada á la muchedumbre, mirada que hizo bajar los ojos á todos, en su idioma mexicano les dirigió una exhortación, que produjo suspiros y lágrimas, por lo que comprendí la elocuencia de este anciano ó *huehue* (viejo), como le llaman.

Era el anciano de rostro arrugado y venerable, cabeza cana, mirada viva y penetrante, nariz semi-aguileña, dentadura completa, pero gastada hasta las encías, y bigote escaso y blanco, y piocha. Vestía camisa de manta, con botones colorados en el cuello y la pechera, y negros en los puños; calzones de la misma tela, calzoneras de gamuza color de yesca, las cuales le llegaban hasta las rodillas, y calzaba cacles ó *guaraches* de piel de toro, sin curtir, con el pelo por dentro y una correa para sostenerlos por entre los dedos de los pies. Llevaba las calzoneras abrochadas á la cintura por dos grandes botones lisos, de bronce, y una especie de cinturón de cuero llamado *canana*, con tres bolsillos ó compartimientos de la misma piel, que sirven para guardar, en uno el tabaco, en otro el *totomoscle*, ó sean hojas de maíz para hacer cigarrillos, y en el tercero el eslabón y la piedra de pedernal con que encienden lumbre. De su cuello pendía un rosario con su crucecita y un cordón no muy limpio sosteniendo un marquito de hoja de lata con la Virgen de Guadalupe; y por encima de estas cosas, atado á manera de corbata, un pañuelo rayado de colorado y blanco.

Terminado su discurso, todos los oyentes se hincaron; les echó la bendición, y, en silencio y ordenadamente, fueron saliendo del templo.

Al día siguiente, jueves, celebré el Santo Sacrificio de la Misa; en seguida les prediqué y después me senté á confesar. Durante todo el día pude observar que únicamente casadas ó viudas se acercaban al confesionario, y que por la noche venían los hombres de iguales estados.